

Este relato es inusualmente largo. Si disfrutan ustedes leyéndolo la mitad de lo que hemos disfrutado nosotros escribiéndolo nos daríamos por satisfechos. Tengan todos ustedes un...

FELIZ AÑO NUEVO

(02Xt-04)

Cuentos de nochevieja

Hoy es 31 de diciembre, una fecha señalada en todo el hemisferio occidental dado que, de forma arbitraria, acaba un año y comienza el siguiente. Es fecha de buenos propósitos, se hacen propuestas de adquirir nuevos hábitos (hacer ejercicio, salir de cena con la mujer una vez por semana...) o abandonar los que son perniciosos (dejar de fumar, reducir el peso, cortar con la querida...), aunque luego, inmersos en la rutina diaria, quedan olvidadas. Se trazan líneas maestras de actuación en planos emocionales, intelectuales o anímicos, incluso se diseñan proyectos a emprender para el nuevo año. Pocos hacen una sincera lectura del año transcurrido desde el último propósito de enmienda y, reconociendo sus faltas, toman conciencia de sus debilidades.

¿Pero por qué ha de ser precisamente el 31 de diciembre, ante la ventana de un arbitrario nuevo año, cuando la gente se pare a pensar qué quiere hacer con su vida? ¿Por qué no hacerlo el 30 de junio? ¿Y por qué no hacerlo dos veces al año, con cada equinoccio, por ejemplo? Al menos sería una fecha objetiva... Las gentes se dirían:

«...Vamos a ver qué quiero corregir en mi vida para este próximo medio año, cuando los días son más largos que las noches. O...

»...Voy a corregirme en esto y mejorar en esto otro durante estos próximos seis meses en los que la oscuridad reina sobre las horas diurnas».

En Mospintoles también hacemos cosas tan intrascendentes —o trascendentales— como éstas, y nuestros seis protagonistas no van a ser una excepción. Será interesante averiguar sus anhelos para este 2011 que de forma tan arbitraria como el propio guarismo del año, mañana comienza.

—Vete al grano, Mirlitón, que ya llevas medio folio y aún no has contado nada.

—Vale, vale; tienes razón. ¿Por dónde quieres que comencemos?

—¿Qué te parece si vamos a ver a Piquito? He sabido que hay algunos cambios en su vida.

—Vayamos hacia el barrio, donde se hacían los bloques de viviendas de protección oficial... No es que donde yo vivo sea mejor, pero sí hay más espacio. No sé cómo la gente puede acostumbrarse a vivir entre cuatro finos tabiques que constriñen un espacio vital tan reducido.

—La capacidad del ser humano para acostumbrarse a todo es asombrosa, viejo.

—No somos abejas para vivir en colmena... Es preciso que cada ser humano disponga de su espacio. Luego llueven problemas como la violencia de género o general, y eso es porque las personas carecen de espacio íntimo.

—Mira, ahí está Piquito, leyendo el libro que le trajo Metzger hace tres días.

—¡Pero si tiene otro igual sobre la mesa de la sala! ¿Cómo se ha juntado con dos ejemplares idénticos?

—¡Ah!, no te he contado... Ayer le visitó Susana, la periodista. Y como no quería presentarse con las manos vacías no tuvo mejor idea que comprarle el libro del Pepe Reina sobre las anécdotas del mundial.

—¿Y por qué no le dijo que ya lo tenía? A buen seguro Susana se hubiera brindado a descambiarlo por otro.

—Ya sabes como es Piquito de desprendido con los objetos materiales. Yo qué sé... Lo mismo pensó regalárselo a Chili.

—Mira, ahí llega la madre, Inmaculada. Vaya como está todavía la señora. Tendrá 37 ó 38 años, pero a la vista salta que tiene una genética de envidiar.

—Calla, calla, a ver de qué hablan...

—Madre, ¿va a salir? Si me dijo que hoy no trabajaba.

—Me voy a acercar al centro comercial, a comprar algunas cosas de última hora. Los congelados para la cena de hoy. Ya sabes.

—¿Y pa' ir ahí abajo se pone tan guapa?

—No querrás que digan de tu madre que es una descuidada, ¿eh, chaval?

Piquito miró a Inmaculada de arriba a abajo y no supo qué contestar. En ese momento sonó el teléfono e Inmaculada cogió el inalámbrico de la sala y salió disparada hacia otra habitación no sin antes cerciorarse de cerrar la puerta de la estancia donde quedaba Piquito con su pierna escayolada. Hoy le habían forzado un poco más habida cuenta de que mañana era fiesta y tendría una jornada de descanso... Un día perdido, había dicho el fisioterapeuta, resignado al arbitrario calendario festivo que nada entendía de lesiones y fisiología.

Piquito, que ya sabemos que no las pilla rápido, quedó algo amoscado, tal fue la brusca reacción de su madre, que nunca tenía secretos para él. Picado en su curiosidad, y tal vez en su orgullo, decidió levantarse a ver qué oía. Desde que Metzger le trajo el libro su madre estaba algo rara. Había insistido en llevarle el bizcocho prometido a Metzger a su casa y casi le había arrancado, impaciente, la dirección y el teléfono del alemán cuando Piquito preguntó, quizá, y sin saberlo, más de la cuenta.

Entreabrió la puerta y oyó a su madre hablando casi en susurros: "¡Hostia!, aquí pasa algo...", pensó por fin el futbolista. Y como el que no quiere la cosa, y con mucho tiento para no hacer ruido, se fue deslizando por la pared y cuidando de no meter ruido con las muletas.

~...Sí que me gustaría, pero no puedo... No lo he dejado nunca solo y no lo voy a hacer en una noche como hoy y encima impedido como está.

Piquito ahora escuchaba perfectamente las frases de su madre.

~...Yo también... Aunque sólo fuera una copita. Pero no sé. Hoy ha llegado cansado, pero lo mismo no se duerme hasta las tres...

En la mente de Piquito la parte de conversación que escuchaba iba cogiendo cuerpo.

~...No a esa hora es ya muy tarde... De verdad que me gustaría, pero no quiero dejarle solo... ¡No! ¿¡Cómo se lo voy a decir!?

Piquito se sentía ridículo escuchando a escondidas desde el ángulo que formaba el pasillo. Era la primera vez que lo hacía pero también era la primera vez que su madre tenía secretos para él. Bueno, al menos que él supiera. Porque ahora que lo pensaba, su madre era joven y a la vista saltaba que estaba de buen ver. ¿Es que Inma no tendría vida sexual? A Piquito le resultó tan aberrante pensar en la vida sexual de su madre como pensar que fuera un ser desprovisto de vida sexual. Eso hubiera sido insano y su madre no podía estar tarada...

~...No, no me atrevo... aún. Bueno, ya veremos. De momento no hay nada que decirle, ¿no te parece?

¿Y quién coño sería el que con tanta insistencia pretendía a su madre? Cuando lo supiera, si el tipo no valía la pena, él se encargaría de espantarlo. ¿Y por qué su madre habla, además de en susurros, tan despacio que parecía que silabeaba las palabras?

~...Sí, yo también. No te preocupes, tendremos más días. Hoy es sólo un día más, como tantos otros... Vale, tomamos algo en el centro comercial... Dentro de media hora. Auf Wiedersehen.

La despedida fue la que despertó a Piquito de su letargo, y por fin empezó a atar cabos sueltos. ¡Coño! No podía ser. ¡Metzger no! Vaya cara que tenía el alemán.

Pensó en llamarle cuando se quedara a solas y decirle cuatro cosas, pero en ese momento su madre entró en la cocina. Aguardó unos instantes y la siguió, ahora sí, haciendo ruido con las muletas. Cuando llegó a la puerta vio a Inmaculada con una sonrisa como hacía tiempo que no tenía, y se dio cuenta entonces de que Metzger, después de todo, no sería un mal compañero para su madre. Mejor que la mayoría de lo que podía encontrar en Mospintoles. Era un tío inteligente y culto, que tenía una ficha con el Rayo mejor que la de algunos que jugaban en Primera y a buen seguro había hecho dinero en Alemania. —¿Quién era, madre?

—Para venderme no sé qué cosméticos por catálogo. Ni siquiera el día de nochevieja dejan a una en paz.
—Eso será porque saben que es usted *mu'* guapa y a una mujer así no le *pué* faltar una cita *pa'* un día como hoy.
—Pero si ya tengo una cita —rió Inmaculada—. Hoy cenamos juntos tú y yo, querido.
—Sí, como *to'as* las otras noches del año, madre.
—No seas bobo. Hoy haremos una cena especial.
—¿Y no querrá invitar a *naide* hoy a casa, madre?

Inma se quedó mirando a Piquito algo desconcertada, pero pareció adivinar lo que estaba pasando.

—A ver, guaperas. Si quieres invitar a alguien, llámala antes de hacer las compras, para saber cuánto tengo que traer. ¿Es esa periodista que vino ayer? Es muy guapa, hijo, pero un poco mayor para ti. Y habría que hacerle algunos arreglos. Aunque si sólo es para tontear, yo no me meto, ¿eh, querido?

Piquito se quedó mirando a su madre seriamente... y decidió entrar a cuchillo.

—Madre, si *usté* no le llama lo hago yo.
—¿A quién?
—A Metzger...
—¿Me has estado escuchando?
—Sólo el final, pero ha *sío to' mu'* evidente estos tres días —mintió Piquito haciéndose el cómplice.

Inmaculada se puso seria por un momento, pero pronto le cambió el semblante. Había sido muy tonta al pensar que su hijo no lo iba a descubrir.

—No. No me voy a ir a un cotillón y dejarte solo aquí toda la noche.
—¡Anda, leche!, mira ésta. ¡Madre!, que ya soy mayor.
—Que no, ¡ea! No vas a cenar solo en una noche como hoy para yo irme de copas por ahí.
—*Pueh váyase usté dehpue* de cenar. O *dehpue* de las uvas, si *quíe* comerlas conmigo —y Piquito comenzó a dar media vuelta para encaminarse, cojeando, a la sala—. *Que'l* rubio venga a buscarla *dehpue* de las campanadas. A las doce y *meidia* estará bien —iba diciendo en voz alta mientras se alejaba de la cocina—. Voy a llamarle ahora mismo al móvil, antes de *qu'haga* planes y mi madre se quede *plantá*. Si no lo llama *usté*, madre, cuando llegue a la sala le llamo al móvil y quedo yo con él por *usté* —en ese momento Piquito hizo un alto en su marcha y miró hacia atrás—. *Va usté* a quedar como una tonta si tengo que hacerla yo de "tornaconventos" —zanjó Piquito sin saber en realidad qué era un trotaconventos.

Inmaculada se lo pensó por unos instantes. No iba a pelear con su hijo para coger el móvil antes que él. Además, podría hacerle daño.

—¡Déjalo! Le llamo yo; ¡Celestino!

«...¿Celestino? No, ese no puede ser el nombre de Metzger... ¿O será 'Celestin' el nombre en alemán del central», pensó Piquito mientras se arrellanaba en el minúsculo tresillo y estiraba su pierna escayolada. Oyó que su madre comenzaba a hablar por teléfono y esta vez, por pudor, subió el volumen del televisor con el mando a distancia mientras agarraba el libro que le había traído Susana, igualito que el de Metzger... ¡Qué coincidencia! Ahora que se iba a quedar solo igual la llamaba para que le hiciera compañía toda la noche... En el canal que estaba sintonizado había una chica muy alegre que estaba diciendo:

» Hoy toca plantearse buenos propósitos para el próximo año. ¿Qué espera que le depare el 2011 en lo laboral, lo sentimental, lo familiar o tal vez en lo económico? Formulen tantos deseos como quieran y pongan empeño en alcanzar sus metas.

Piquito pensó que lo que más le gustaría era quitarse la escayola ya, pero como la magia no estaba permitida deseó que cuando volviera a jugar lo hiciera en el nivel que tenía cuando cayó lesionado. También pensó que quería jugar en primera división, con el Rayo o con el equipo que fuera. Pero aún era muy joven y podía darle al Rayo dos o tres años para ascender con él, pero no más. Pensó que debían mejorarle el contrato, y que se lo exigiría a López al final de la campaña, porque quería que su madre dejara de trabajar... Y pensó en su madre. Y solo deseó que Inma fuera feliz: "A ver si hay suerte y no me pasa *na'* grave, que *ya'stá* bien de pasarlas *jodías*; *t'ol* puto día *reventá* a trabajar".

—Muy bonita historia, Mirlitón. Casi, casi, un cuento de navidad. Pero la fiesta de esta noche no tiene nada que ver con fiestas entrañables. Está, eso sí, entre dos fiestas religiosas, ambas con el reclamo comercial de los regalos, tanto con el Santa Claus como con los Reyes Magos, pero no es más que una fiesta puesta ahí arbitrariamente, como decías al principio.

—Anda, deja de disertar, que ahora eres tú el que se pierde elucubrando. ¿A dónde vamos ahora?

—Podemos ver a Susana, que vive aquí cerca. Mira a ver si está en los ultramarinos de sus padres.

—Pues por aquí no está. Y en su casa... Déjame ver... ¡Tampoco! ¿Dónde se habrá metido esta muchacha, con el frío que hace?

—Deja, no te pares. Ya la encontraremos por ahí. Sígueme.

—¿A quién vamos a ver ahora, Cogollo?

—A López, si te parece bien.

—Vayamos... Pero apura que hace frío.

—Déjame ver... Sí, allí está, con Basáñez. En la tercera planta de las oficinas del holding.

—¿Pero es que estos dos no descansan nunca? ¿Estarán trabajando? ¿Por qué no se han ido ya?

—¿A dónde, Mirlitón? ¿Olvidas que son dos solitarios? Tendrán la noche ocupada con alguna amiguita a la que harán feliz por unas horas, pero sin la más leve insinuación de ataduras sentimentales. Viven para sus negocios.

Supongo que cuando uno se habitúa acaba viendo normal llevar una vida vacía de afectos.

—Veamos de qué hablan...

—¿Ha quedado para salir esta noche, Basáñez?

—Digamos que tengo pensado salir a dar una vuelta. Pero si no veo lo que me gusta me volveré pronto a casa.

—¿Pero no tiene plan?

—¿Plan? En noches como esta los planes casi nunca se cumplen. A veces, por querer cumplir con el plan previsto, uno arruina la noche. Y no lo descubre hasta que le cuentan dos o tres días después que tal o cual personaje con quien tomó una copa de cava triunfó en la alborada del primer día del año.

—Cuándo dice personaje quiere decir en realidad “personaja”, ¿no es cierto?

—Tengo pensado limitarme a examinar lo que tenga delante y en función de las variables que pueda procesar, tomaré una u otra decisión. Pero sin planes preconcebidos, López.

—Pues no es mal plan —ironizó este—. ¿Y si no encuentra algo que le guste?

—Pues a la cama y mañana a ver el concurso de saltos de Garmisch-Partenkirchen. No hay por qué fijarse metas para una noche donde abundan los buitres. Quedan todas las noches del próximo año.

—O sea, que no tiene plan.

—¿Y usted, qué?

—He quedado con Teresa. O mejor dicho, Teresa me ha obligado a ir con ella a un cotillón. ¿Pero sabe lo mejor?

—Dígame...

—He sabido que también acudirá la candidata oficial por el partido que gobierna en Mospintoles. Por lo que aventuro que será una velada entretenida.

—No me diga que piensa trabajar durante la nochevieja.

—Trabajar... y trabajármela.

—¿Cómo? ¿No está casada?

—Número uno: a mí eso no me importa; y dos: quería decir trabajármela para nuestros intereses. Supongo que necesitará dinero para la campaña. Estos partidos políticos de mierda nunca tienen un duro, y eso que los manejan como si fueran empresas. Pero como ningún político pone un duro de su bolsillo están siempre ávidos de financiación.

—Supongo que partidos de implantación nacional como este que des gobierna Mospintoles sólo se preocupan de la financiación cuando llegan las “erecciones” nacionales.

—¿Erecciones?

—Lo he leído esta semana en un blog. En un artículo viejo...

—Pues si es así, para la pequeña célula de Mospintoles quizá haya algún pellizquito, sin nada ver con la lotería. Porque esta dama me da que sí nos va a gobernar, no como el inútil apoltronado del Segis.

—Un sinvergüenza. ¡Cómo le sacó usted la compra de estadio casi regalado!

—Dirá usted cómo le sacamos. Que yo recuerde estaba usted allí conmigo y tomó parte activa tanto en el diseño de la escaramuza como en ella.

—Sabe bien que prefiero mantenerme apartado de los focos. Usted es mucho más carismático que yo. Cada uno debe especializarse en el terreno que mejor abonado tiene.

—Pero fue usted quien le hizo creer a Segis que le íbamos a financiar la campaña.

—Pues no le mentí... Acaba usted de decir que le va a proponer alguna ayuda económica a la primera dama de Mospintoles.

—¿Y cree usted que de haber sido él el candidato hubiéramos contribuido a su campaña?

—En otras circunstancias le diría que ni por asomo, pero viendo la facilidad con la que se nos avino, ¿por qué no? Estaba deseoso de trincar.

—¿Pero cómo se le ocurrió proponerle aquello? Si ni siquiera lo habíamos hablado. Me sorprendió usted.

—En realidad salió sobre la marcha. Después de que el alcalde se asomó a la ventana con nuestro jugador, creí ver que necesitaba un empujoncito, y le solté aquella indirecta que él cogió hábilmente. Porque será un mangoneador, pero de torpe no tiene nada.

—Eso hay que reconocérselo. Aunque no creo que sea innato, sino adquirido. Después de veintitantos años en el ayuntamiento, es lo menos que se le podía exigir...

—¿Nos vamos, López? ¿O aún queda alguna cosa más?

—Tengo que hacerle un regalo a Teresa y no sé qué comprarle.

—Hágaselo el día de Reyes. ¿Por qué hacerlo esta noche?

—Por eso precisamente.

—Entiendo... Y ella, ¿qué le va a regalar?

—No sé...

—Sé bien que no le gustan las sorpresas. Y un regalo siempre es una sorpresa.

—Cierto. Algo le he insinuado, y la chica tampoco es nada torpe. Pero últimamente se me está haciendo algo cansina.

—¿Qué quiere decir?

—Lleva unas semanas queriendo averiguar mi nombre de pila.

—Ahora que lo menciona... Tampoco yo sé qué es M. López. No puede ser tan terrible esa eme.

—Eso lo dice usted, que tiene un nombre normalito.

—Que se lo cree usted que tengo un nombre corriente.

—No puede ser peor que el mío, Basáñez. Aunque ahora que caigo... ni siquiera recuerdo su inicial.

—Le puedo apostar lo que quiera a que mi nombre es peor que el suyo, por malo que sea el de usted.

—¿Va una copa?

—Vaya.

—Me llamo Melitón, Melitón López.

—¿Así sin más? ¿No tiene otro nombre? ¿Melitón sin más?

—Ya le he dicho que era raro. ¿Cómo quiere que le diga a una chica joven y bella que me llamo Melitón? ¿Por quién cree que me tomará?

—Es poco oído...

- ¿Es poco oído? ¿Cuál es el suyo?
- ¿De verdad quiere oírlo?
- Hay una copa en juego.
- Eudoxio. Me llamo Eudoxio Basáñez.
- ¿Quéeee?
- Me debe esa copa, López.
- ¿Y de qué va a ser?
- Me apetece un vino de Toro, un buen crianza, por supuesto.
- Sé donde nos pueden abrir un Termanthia de 2007 sin salir de Mospintoles. . Y picaremos algo... Vamos.
- Antes deje que me desconecte de Internet. Llevo un rato luchando con esta página que parece que no quiere cerrarse y se reabre constantemente.
- ¿No tiene actualizado el antivirus de la empresa?
- Sí, pero me temo que esta web es de la Intranet empresarial. Parece algo así como una felicitación, y me temo que tengo que responder antes de cerrar la ventana. Estos chicos del departamento informático siempre con sus gracietas...
- ¿Y qué respuesta le pide la página?
- Me pide que formule mis deseos para este año 2011.
- Sea prudente, que lo mismo queda registrado para luego cachondearse pasados tres o cuatro meses. Ya hablaré con el jefe del departamento. Una broma puede tolerarse, pero no podemos permitir que pase a mayores.
- No creo que nadie pique... Mi deseo va a ser que se colapse el sistema de ordenadores a las 23:50 de hoy y que tengan trabajo para treinta horas.
- ¡Buena jugada!
- Y con la fuerza moral que me da haberle ganado la apuesta, ¿cuáles son sus deseos para este 2011, López?
- De lo más sencillitos... Subir a primera con el Rayo, y que la crisis nos siga respetando. Pediría ser multimillonario, pero como creo que estoy en la línea adecuada, mejor pongo todo mi empeño que andarlo deseando. ¿Y usted?
- El ascenso no lo veo fácil. Hablábamos el día del clásico de lo corta de nuestra plantilla. Ahora ya tenemos a Piquito lesionado para tres o cuatro meses.
- ¡Hombre, Basáñez! No sea usted malaje...
- De eso nada... Soy realista. Y en ese apartado me pido que mantengamos la categoría sin problemas pero con partidos sonados. No estaría mal empezar a caldear los dos derbis madrileños que tenemos para ir haciendo caja. Y luego me pido que todo nos salga según lo planeado con la compra del estadio. La primera fase nos ha salido a pedir de boca. Tenemos la nueva grada y a ver si para marzo nos podemos mudar allí y vender este edificio completo, porque no creo que fuera buena idea alquilarlo por oficinas. Supondría más trabajo que nos obligaría a contratar una nómina más.
- Veo que los contables saben pedir al detalle.
- Pues como abogado me pido no tropezar con ningún escollo para hacernos con el estadio. La dama estaba allí presente cuando usted le expuso al alcalde nuestro proyecto. Espero que cuando sea alcaldesa no se eche atrás.
- De eso he de encargarme yo esta noche. No estaría de más que me asegurara con ella algún vínculo aparte del que nos pueda dar el dinero.

—Le repito que está casada.

—¿Y va a andarse usted ahora con remilgos?

—No; ustedes dos son adultos. Pero su marido goza de las simpatías de la ciudad por ser un empresario honesto. No creo que un desliz la beneficie a ella en su carrera a la alcaldía, ni a usted en su carrera a... ¿a dónde quiere usted llegar, López?

—A multimillonario, Basáñez; ya se lo he dicho.

—¿Y tentar el mundo de la política? ¿Lo tentaría?

—Eso déjelo para los idiotas. Nosotros somos los que manejaremos a los políticos. Y si la dama, como usted la llama, triunfa en Mospintoles, tal vez podamos hacer algo para catapultarla a una dirección general, donde quizá nos sea de mayor utilidad.

—Vayamos a por ese Rioja, cosecha de 2006.

—Detrás de usted, por favor.

—¡Caramba, Cogollo! No podíamos habernos colado en mejor momento. ¿Serán megalomaníacos estos dos?

—Creo que se dice megalómanos, Mirlitón. Y me parecen peligrosos. Tienen el poder del dinero y sólo necesitan encontrar paniaguados que se plieguen.

—Sé que se dice megalómanos, pero estos dos son, además, maníacos. Más que encontrar paniaguados acabarán creándolos. Corromperán políticos creando necesidad en torno a sus personas.

—Ahí donde los ves tan refinados como dos dompepitos, ambos carecen de escrúpulos, y tienen capacidad para llevar la necesidad al entorno de "la dama". Vaya clave con que la han bautizado, ¿eh?

—Bueno, sí señor... De momento, y hasta donde yo puedo leer, López está moviendo piezas en Alemania para que Matute obtenga el concesionario Mercedes. Fue un deseo que María dejó caer en una entrevista que mantuvieron a solas antes de engatusar al alcalde, guante que López recogió con gusto. Y ahora Sebas Matute ya está en tratos con la casa alemana.

—¡Gracias a López! No deja de ser una forma de cornudez. Entonces, ¿no crees que pueda perjudicar a Matute para que María necesite paniaguarse?

—Yo no he dicho eso, amigo.

—¿Qué será de los Matute a estas horas? ¿Estará María preparando la cena de nochevieja?

—No has estado atento. Los Matute se van de cotillón por todo lo alto, a codearse con lo que Sebas llamó una vez la jet set paleta de Mospintoles.

—Sí, lo recuerdo, el día que el Rayo subió a Segunda. Pero entonces ¿dónde van a dejar a Sergio?

—Con el abuelo Anselmo, el padre de María.

—¿Y tú cómo lo sabes, viejo?

—Ya lo hicieron algún año. Cuando estaban mejor avenidos. La verdad es que hace dos nocheviejas que no salen.

—¿Quiere eso decir que han mejorado las cosas entre ellos?

—Quiere decir que María está desde ya trabajándose los votos. Y Sebas oficiará de candidato consorte.

—Pues estará de un cabreo... No le veo yo de traje, él que va siempre con sus chupas de cuero, eso sí, de las caras, pero con zamarra al fin y al cabo.
—Mira, aquí viven los Matute. Sergio está leyendo el periódico. ¡Qué raro!, ¿no?
—Estará haciendo los pasatiempos... lo cual ya es un éxito. ¿Y dónde están los padres? ¡Ah, mira! Sebas en la sala y María en su cuarto...

—¡María! ¡Maríaaaaa! —finalmente Sebas se levantó y fue hacia la habitación— ¡María! ¿Es que no me oyes? Te estoy llamando hace rato.
—Es que esto no es el taller, Sebas. Mira cómo me has encontrado tú solito.
—¡Toma, leche! Como si en el ayuntamiento no dierais voces.
—Sí, cuando discutimos. Pero no nos llamamos a voces.
—¡Anda! Mira la fina esta.
—¿Qué crees que dicen los vecinos cuando oyen esas voces, Sebas?
—No creo que digan nada; con estos tabiques gruesos no se oye nada.
—Eso es lo que tú te crees.
—¿Pero no ves que nosotros tampoco les oímos dar voces a ellos?
—Será porque no las dan. Pero no vamos a empezar otra vez, Sebas. Hoy no.
¿Para qué me llamabas con tantas voces?
—Estoy pensando que no tengo muchas ganas de ir al cotillón de la jet set paleta con la que te codeas.

Mientras se subía y ajustaba las bragas, María miró de reojo a su marido con una expresión de indiferencia que contenía un tanto de desprecio apenas disimulado.

—¿Te has propuesto hundirme la carrera política, Sebas? ¿Crees que puedo aparecer sola en una fiesta de nochevieja? ¿Qué papel crees que haría?
—Tienes un tipazo de la hostia. Vistes unos modelitos que quitan el hipo. Pero se acabará tu carrera política el día que sepan que llevas bragas con gargantilla.

María casi sonrió. Los cumplidos de su marido había que cogerlos según venían.

—No me arreglo con esas bragas minúsculas de hoy en día.
—Pero si te he regalado un tanga. Por lo menos podías ponértelo en casa para ir acostumbrándote a llevarlas.
—No seas cabrón, Sebas. Lo que tú me has regalado ha sido un tanga del Barça. Y no me presto a participar en tus sueños eróticos de gilipollas. Seguro que te haría más ilusión si me pusiera un tanga del Madrid.
—¿Por qué lo dices?
—Estarías jodiendo literalmente al Madrid...

Sebas sonrió. Las ideas de su mujer había que cogerlas según venían.

—No sería mala idea, no. Pero no me atrevo a comprártelo.
—Ahí tienes la ropa, para vestirte. Te he dejado esa corbata con los colores del Rayo. Va a estar López.
—Y a mí qué cojones me importa el Lópezpollas ese.
—Bueno... Podrás hablar de fútbol con él.

- Ya, y me presento con esa corbata del Rayo de la que te regalaron dos docenas.
- Pues ahora que lo dices sería un detalle. Pero no es esa. La que te he puesto es amarilla con reflejos azulados y te combina con la ropa alegre que vas a llevar. Pero puedes ponerte cualquier otra que no sea la del Barça. ¡Por dios!, parecerías el huevón del Laporta.
- Ese ya no manda, María. Ahora se ha pasado a tu gremio. Como me temo que hará el López si es listo. Acabará comiéndose y comiendo en el Ayuntamiento. Lo que sí me voy a llevar, y espero contar con tu beneplácito, amadísima esposa, es la bufanda del Barça. La buena, no la que sacudo en el campo.
- López va a venir con su hija...
- ¡Ah, sí! Aquella jovencita que nos presentó en La Cama.
- De eso quería hablarte. No es exactamente su hija.
- Entonces... qué es "exactamente".
- Pues... sale con ella.
- ¿Qué quieres decir con que sale con su hija?
- Joder, Sebas, qué corto eres, tío. Tengo que traducirte las cosas a la jerga del taller. Es la que monta, la que jode, es la tía que se está follando.

- Sebas quedó pensativo. La chavala tenía sus quilates. Estaba buena un rato largo. Joder con el López, cómo se gastaba la chequera. ¿No sería una putita?
- ¿Estás segura? ¿Y por qué nos la presentó como su hija?
- Estás senil, macho. ¿Ya no recuerdas que fue ella la que se presentó con un "hola papá" que sorprendió al propio López?
- No recuerdo detalles. Para ti será deformación profesional... como si a mi me vienen a vender algo, o si voy a la reventa —dijo Sebas recordando a don Faustino—, me fijaría más... ¿Y no será una chica de compañía?
- No lo creo. No hubiera sido tan torpe de citarse con ella en La Cama.
- ¿Y tú cómo te has enterado de todo eso?
- Me lo han dicho en el Ayuntamiento. Les han visto juntos en algunas ocasiones en ciertos sitios de alto copete a los que tú no me llevas.
- ¿Es que tenéis montado un KGB en el Ayuntamiento? —preguntó Sebas cambiando de tercio.
- Más bien es un Radio Macuto, pero funciona perfectamente.
- Pues como en el taller. Ya veo que ahí apuntáis más alto que nosotros.
- Tú tenme informada de los chascarrillos que haya por la ciudad que ya haré yo por enterarme de las cosas importantes.
- ¡Toma, mira esta! La don importante...
- La doña importante, querrás decir.
- Por mí a esa neolengua orwelliana, como te dijo don Faustino, que estáis fabricando entre todos los políticos la pueden ir dando por el culo.
- No seas vulgar, Sebas, que luego se te escapan estas ordinarieces en el cotillón y me haces pasar vergüenza.
- Pero si había venido a decirte que no me apetece ir.

María ya había terminado de vestirse y ahora cogió la percha donde estaba colgada la ropa que Sebas debía lucir en el cotillón.

—Toma; ve vistiéndote. Y no se hable más. No voy a dejar que me arruines el comienzo del año.

—Dirás el final.

—Me da igual, Sebas. Además tengo entendido que acudirán unos conocidos tuyos.

—¿Quiénes? —preguntó Sebas de mala gana.

—El señor Fuhrmann y su inseparable Reich, los de la Mercedes. Serán invitados de López, si finalmente han podido volar hoy por la tarde.

—A esos controladores prepotentes ya les han dado *pa'l pelo*, jeje. Menos mal que de vez en cuando a los políticos os da por coger el toro por los cuernos.

Apostaría que el detonante fue que uno del gobierno quedó trabado en un aeropuerto extranjero sin poder volar a España en la última “descontrolá”.

—Vístete, Sebas, que hay que llevar al Sergio a casa de mis padres. Y no quiero andar con prisas.

—¿Prisas? ¡Pero si no son las cinco de la tarde!

—Hombre, Sebas. No pensarás que vamos a ir a casa de mi padre, dejar al niño, y salir pitando.

—Pues entonces mejor me visto allí, porque seguro que a tu padre se le ha aflojado alguna tuerca y tengo que apretársela.

—No seas sarcástico, que no te va.

—Mujer, si lo digo en serio. Siempre que voy tiene alguna chapucita para mí. Podía traerme algún día el Aston Martin al taller. Pero prefiere dejar la pasta en la competencia y que el tonto del yerno le arregle las pijaditas sobre la marcha.

—Pues vete vestido y así tienes una disculpa. Ya te echaré yo un capote.

—Mejor no. Sabiendo que voy con tiempo ya me habrá reservado algo; si no tengo que mirar la caldera tendré que meterle alguna luz en el invernadero o sacarle algo de la cochera. Voy a ir vestido de etiqueta y me va a tener ropa vieja preparada para que me la ponga. Lo que más me jode es que la grasa no sale bien de las manos... —Sebas dijo esto con toda la intención.

—¡Ah, no! Por ahí no paso. Ya le diré yo que nanai del peluquín. No me vas a llevar al cotillón con las manos negras.

—Es igual. No me voy a poder escapar. Mañana tendré que ir a por el Sergio.

En ese momento el rapaz apareció con el periódico en la mano.

—¿Habéis visto lo que pone el periódico? Hoy hay que pensar en lo que queremos hacer en todo el año que viene. Y formular un deseo para que se cumpla.

—No majo; lo que hay que hacer es trabajar fuertemente para conseguir las metas que te propongas —le aleccionó María—. De nada vale desear aprobar el curso si no te pones a ello. La virgen no se le aparece al que no estudia, Sergio.

—Papá, ¿a que mamá es una aguafiestas?

—Me temo que en esta ocasión tu madre tiene toda la razón. Ya lo hablamos.

¿No lo recuerdas?

—No...

—El día que nos fuimos a ver a la selección, Sergio —dijo Sebas mirando fijamente a los ojos a Sergio, para que el crío no metiera la pata.
—¡Ah, sí! —dijo el galopín como quien trataba de recordar algo muy lejano.

María, que no estaba en el ajo de lo que en realidad sucedió, torció el morro. Todavía le escocía la acción de Sebas en contra de los más básicos preceptos educativos.

—De todas formas no perdemos nada formulando unos deseos. ¿Tú qué te pides, papi?

—Hombre, Sergio. Así, a bote pronto. Los deseos como que no se dicen. Pueden ser deseos secretos.

—Bueno, los tuyos ya me los sé yo. Que el Barça gane todo lo que pille y que nos chorree en el Bernabéu. Pero no me extraña. Haciendo trampa, cualquiera.

—Qué trampa ni qué leches, niño. Os metimos una manita limpia en el Nou Camp. Qué facilidad tenéis los del Madrid para olvidar las humillaciones.

—Sí, papá, pero haciendo trampa.

—¿Pero por qué dices que haciendo trampa?

—Pero bueno, ¿a ti te parece normal que esos tíos del Barça se pasaran todo el partido corriendo, y todavía arrearan al final, como si nada?

—¿Qué quieres decir, Sergio?

—Pues que esos tíos toman algo. Mira la que se ha *liao* con el atletismo y la gachí esa que han *pillao*. Y todo el mundo diciendo que en el fútbol van puestos hasta las cejas.

—¿Y donde has oído tú eso, chaval?

—Pues en el insti, papá. Todo el mundo lo dice. *To'dios* se dio cuenta. Los del Madrid parecían juveniles.

—Porque son unos mataos, tío...

—Que no, que no es normal que los jugadores técnicos sean además todo músculo y todo pulmón, papá. Que yo juego al fútbol y sé lo que es eso. Que llevaban gasolina extra por lo menos para ese partido. Que estaban *demasiao* pasaos.

—Sergio —terció María—; ¿y no piensas que si los del Barça iban dopados los del Madrid también pueden hacerlo? Lo que no se puede es acusar sin pruebas, sólo con sospechas. Y eso que haces es muy feo. Se llama tirar la piedra y esconder la mano. Dices que el dopaje está generalizado. Pues los del Madrid de tus amores también podrían ir puestos por los mismos motivos.

—No sé, mami. Tengo que pensarlo. Quizá a los del Madrid les dieron algo en el hotel donde se alojaron en Barcelona. Como Maradona, que le dio un brebaje a Branco en el Mundial de Italia.

—Pero Sebas. ¿Tú qué mierdas le dejas ver al niño en la tele cuando yo no estoy?

—Mujer, documentales... Y hablan de esas cosas y de otras. Pero éste sólo quiere ver documentales de deportes.

—¿Y hay muchos así?

—De deportes no hay muchos.

—Pero nos los bajamos de Internet, ¿eh, papá? Como los de la corrupción de la FIFA.

—Calla, chaval... ¿No sabes cuándo estar callado, eh?

—Sebas, joder. Yo pensaba que veáis documentales del National Geographic y esas cosas.

—Pues si es ahí que los dan, María.

—¿En el NatGeo...?

—Ahí no muchos, la verdad. En las otras cadenas de documentales.

—Y los de Internet... —insistió Sergio.

—¡Que te calles, leche!

—Bueno, mamá... ¿Y tú que te pides para el 2011?

—Que cambies y estudies. Algún año tendrá que ocurrir...

—Eso no vale. Te tienes que pedir algo para ti.

—¿Y te parece poco para mí que tú cambies y estudies y apruebes el curso sin tener que reñir contigo a todas horas?

—Bueno, yo haré lo que pueda, pero tú ahora que vas a ser alcaldesa, tendrás que pedirte algo. ¿Un despacho más grande que el del Segis, mamá?

—¡Sergio! A ti esas cosas no deben preocuparte lo más mínimo.

—Joer... Pero si ya me llaman "el alcaldillo" en el *insti*. Como para no preocuparme.

—¿Que te llaman qué? —a Sebas le entró la risa floja.

—¡Sebas!, no creo que sea para descojonarse. El primer día de clase hemos de ir a ver al inútil de Bermúdez.

—¿Y qué quieres que haga el *dire*, mamá? ¿Ponerme un guardaespaldas que castigue a todo el que me llame "el alcaldillo"?

—Bah, Sergio. Eso va a ser algo pasajero. Como cuando te llamaban "el ruedas" en el parvulario.

—Sí, ya..., eso se acabó el día que le di un puñetazo en la nariz al Angulo. ¿O te crees que la cosa se acabó por las buenas?

—¿Ese Angulo no era el matoncillo de tu curso?

—Pues de eso se trata. Le atizas al más grande y así los demás cogen miedo. Eso si tienes suerte de que el tío se te acojone, porque si te la devuelve estás más jodido que antes.

—¿Pero todavía existen esas cosas en el colegio, Sebas?

—¿Y a mí que me cuentas, María? Pregúntale a don Faustino, que tiene respuesta para todo. Va a ser tu *Consigliere* particular...

—Bueno, pero ¿tú qué te pides mamá?

—¡Ay, qué pesado!

—Mujer, para un día que lee la prensa...

—No sé, Sergio. Antes de pedirme nada tendré que ganar las elecciones. Lo que me puedo pedir es tener la clarividencia necesaria para dar con todas las claves y que no se me escape ninguna.

—¿Y tú, papá?

—Yo me pido que nos den el concesionario de la Mercedes, que allá por el verano parecía tarea fácil pero cuanto más avanzamos más despacio vamos. Y ahora que lo pienso, María: ¿de qué conoce López al señor Fuhrmann?

María se dio cuenta de la metedura de pata. Pero de todas formas, tarde o temprano, Sebas tendría que enterarse. Y no le iba a gustar.

—Pregúntaselo a él. Me limito a trasladarte la información que el servicio de información del Ayuntamiento me ha comunicado.

—Chica, que *fisna* te pones con esa neolengua enrevesada que no dice nada... Deberías ver "1984".

—Leí el libro en la Universidad, Sebas —dijo María mientras se alejaba en dirección al cuarto de baño grande—. ¡Y vístete ya!

—Vamos, Cogollo. Dejemos a estos dos tortolitos. Son tal para cual. Cada uno a su manera pero sólo piensan en lo material.

—Veo que ninguno ha deseado salvar su matrimonio.

—Tal vez no lo deseen.

—Quiero pensar que lo hayan deseado en voz baja, para sus adentros.

—Parecen una pareja que sólo tiene en común un hijo, un gran piso, y algunos intereses económicos.

—Seguro que don Faustino piensa de otra manera.

—No sabría qué decirte, ahora que ha aceptado ser concejal... Y *Consigliere*, jaja.

—¿Tú también das por hecho que ganarán?

—Esto es como el fútbol. Si tienes un gran equipo pero pretendes ganar sin bajar del autobús te puede pasar por arriba un Segunda B cualquiera.

—Bueno, ya has oído a María. Parece que se va a tomar en serio las elecciones.

—Lo contrario me defraudaría. Tiene músculo político esta chica.

—A don Faustino lo encontraremos en el bar de Manolo. Vamos, que te invito a un café. Con este frío no creo que entre otra cosa.

—Un chocolate caliente, amigo.

—Como entres pidiéndole chorradas al Manolo lo mismo nos tira con un platillo a la cabeza.

—Mira, ahí están. Los dos solos. No hay ni dios en el bar.

—Entremos por la puerta esta vez. Que nos vean...

—¡Hombre! ¿Cómo ustedes dos por aquí? —saludó Manolo, socarrón.

—Pues ya ve, Manolo, a tomar algo calentito y a desearles un feliz y próspero año nuevo.

—Qué, don Faustino, ¿sigue dándole al ajedrez retrospectivo? —preguntó Cogollo.

—Es entretenido, libera la mente practicando algo poco usual.

—¿Y qué es, Faustino? Porque pensar siempre es pensar —Manolo no lo podía evitar.

—Aquí es preciso razonar hacia atrás. Pero tú que eres amante del boxeo quizá prefieras pensar en otra dirección.

—Hablando de ello —intervino de nuevo Mirlitón—, ¿cómo le fue en la velada de boxeo, don Faustino?

—Me dejé llevar por mis emociones, don Mirlitón.

—Cosa que lamenta —explicó Manolo—. Hasta parece arrepentido.

- Pero usted disfrutó con la velada, ¿o no, don Faustino?
- No sabría decirle, señor Cogollo. En aquel momento me deje llevar por mis más bajos instintos. Lo cierto es que no me encuentro satisfecho por ello.
- Quizá sea sano dejarse llevar de vez en cuando por las emociones. Tal vez para conocerse mejor.
- No les vimos a ustedes en la velada...
- Pues allí estuvimos. Nos colocamos en la grada, entre el populacho más vocinglero.
- Buen sitio para ver sin ser visto —interrumpió Manolo—. Y ahora que lo pienso... ¿ustedes pueden entrar gratis a cualquier sitio con sólo alegar que son los cronistas oficiales de Mospintoles?
- No es exacto del todo, Manolo —comenzó a informar Mirlitón—. En realidad, como este nombramiento que llevamos gustosamente es de carácter institucional, el Ayuntamiento nos facilita el acceso a los eventos que él organiza o en los que tiene parte activa de alguna manera.
- Pero en los eventos organizados por entidades privadas, debemos abonar la correspondiente entrada —continuó Cogollo.
- Sólo que entonces hacemos valer nuestro pase de prensa —concluyó Mirlitón.
- Vaya chollo que tienen ustedes. Entran a todas partes y apostaría a que las más de las veces invitados por todo lo alto.
- Pues no se crea, Manolo. En no pocas ocasiones nos vemos obligados a acudir a actos que no nos interesan lo más mínimo.
- ¿Y van ustedes siempre juntos? —quiso saber don Faustino.
- ¡Oh, no! Incluso hay ocasiones que se dan dos o tres actos al mismo tiempo y tenemos que repartirnos la tarea. Y además está nuestro trabajo en El Heraldito, que es lo que nos permite pagar las facturas.
- Entonces, ¿lo de ser cronistas oficiales no es algo remunerado?
- Lamento abrirle los ojos bruscamente. Existe una exigua subvención que apenas cubre nuestros desplazamientos anuales y los gastos propios de levantar crónica de cuanto acontece.
- Es sólo un cargo honorífico...
- ... que nos hemos tomado quizá demasiado en serio.
- No es tanto chollo como pensabas, ¿eh? —pinchó don Faustino a Manolo.
- Lo que sí me gusta es que ustedes no levantan cotilleos de sociedad.
- Querrá usted decir "ecos de sociedad", buen amigo —rió Cogollo.
- Ustedes me entienden...
- No, eso queda para la redacción de El Heraldito, cuando el director lo juzga oportuno.
- Sin embargo sí redactamos un panegírico con motivo del óbito de don Eugenio Romerales.
- Lo leí, sí señor. Y me gustó mucho —alabó don Faustino—. Tienen ustedes una pluma exquisita.
- No mejor que la suya, don Faustino. Cuando quiera deleitarnos con algún artículo de opinión nos encargaremos gustosamente de que se publique y le quedaremos además muy agradecidos.

—Incluso si lo desea, quizá podríamos conseguir que dispusiera usted de una columna semanal en El Heraldito.

—Muchas gracias, pero sería un compromiso que quizá no pudiera cumplir.

—Como guste. Pero piénselo. Un artículo de opinión de vez en cuando no le compromete a nada, y puede usted hacer llegar su opinión a la práctica totalidad del municipio y alrededores.

—Sobre todo ahora que se presenta usted como candidato a concejal.

—¿Cómo lo han sabido? —preguntó, intrigado, don Faustino.

—¡Oh...! Es nuestro cometido. Estar al tanto de lo que ocurre en Mospintoles.

—Pero sosiéguese usted, don Faustino, que su secreto es un secreto a voces.

—¡No me diga! ¿Y cómo ha podido haber una filtración tan pronto? —don Faustino parecía algo indignado y miró directamente a Manolo.

—A mí no me hagas objeto de tus sospechas, Faustino. Sabes bien que hablo mucho, pero mido lo que digo. A mi edad es lo menos que se me puede exigir.

—Tranquilícese, don Faustino. La información ha salido de su partido.

Suponemos que interesadamente. Es usted una baza muy importante para la candidatura de María.

—No será para tanto.

—No sea usted modesto.

—Lo digo en serio. No me creo más sagaz que el resto de mis copartidarios.

—Por cierto, ¿conoce usted quienes le acompañarán en la lista electoral?

Don Faustino no estaba por que le sonsacaran con un juego tan sencillo.

—Seguro que ustedes ya lo saben también.

—Nosotros sí; pero usted por lo visto no, don Faustino.

—¿Y sabe qué concejalías va a llevar en caso de salir elegido concejal?

Esta vez don Faustino no quiso picar.

—Me he ofrecido únicamente para tareas de asesoramiento.

—No sea usted traslúcido, don Faustino. Para eso no hacía falta que fuera de en la lista.

—Cogollo, me da que nuestro estimado don Faustino tampoco sabe qué concejalías le encomendará "el partido" finalmente.

—Parecen ustedes muy enterados de todo... —don Faustino estaba herido en su orgullo más íntimo.

—Le vimos con un niño magrebí en el primer partido a domicilio del Rayo en Segunda —Cogollo decidió cambiar de tema—. Dábamnos por hecho que no le gustaba el fútbol.

—¡Ah!, Said. Es el hijo más pequeño de mi asistenta marroquí. Me atracaron con las entradas en la reventa. Y gracias a Sebas, que si no me quedo sin ellas.

—¿Y disfrutó del partido?

—La verdad que no mucho. Entiendo el juego. Es un juego sencillo de tan primitivo como es. Pero no entiendo que se enerven las pasiones hasta límites vergonzantes.

—¿A qué se refiere, don Faustino? —interrogó Mirlitón.

—Se organizó una pelea delante de nosotros porque un vándalo tiró algo al campo. Fue algo desagradable... y más con el niño allí delante.

—¡Ah, sí!, lo recuerdo. Escribimos sobre eso, verdad viejo —le recordó Cogollo a Mirlitón.

—Es cierto. Pero nos pareció tan extraño verle a usted en el fútbol y encima al cargo de un niño tan pequeño, que estuvimos prestando atención a su persona.

—¿Y dónde estaban ustedes en esa ocasión, si no es mucho preguntar?

—Estábamos en el palco, con López. Nos invitó personalmente —respondió Cogollo.

—Una persona muy atenta a todos los detalles, este López —expuso Mirlitón.

—Y un personaje inquietante en ocasiones, ¿verdad don Faustino? —Cogollo volvía a interrogar al profesor.

Don Faustino volvió a sentirse incómodo de nuevo ante aquellos dos personajes que parecían estar al tanto de todo lo que acontecía en Mospintoles y en especial en su vida de estos últimos meses.

—No le conozco en realidad...

—Pero su cara no le resulta desconocida del todo, ¿no es cierto?

Bueno, esto era pasarse tres pueblos. Si estos dos estuvieran al tanto de la cena que tuvieron Manolo y él con Matías sería como para sospechar de brujería.

—No se inquiete, buen amigo —quiso tranquilizarle Cogollo—. Se ha convertido usted, quizá sin pretenderlo, en uno de los personajes principales de la futura próxima historia de Mospintoles.

—Lo que me inquieta es que estén ustedes al tanto de asuntos que se hablaron en conversaciones privadas.

—Quizá es que no fueron todo lo privadas que usted esperaba. Pero no se inquiete, buen amigo. Nosotros no haremos nada por manipular el futuro. Somos cronistas, sólo somos meros apuntadores de los acontecimientos. Tiene usted total libertad para obrar a su libre albedrío.

—Sólo faltaría...

—Por supuesto —zanjó Cogollo con una gran sonrisa.

—Señores, su compañía nos es muy grata pero nos vemos obligados a ausentarnos. Aún hemos de hacer alguna visita más —anunció Mirlitón.

—Que tengan ustedes una feliz nochevieja y un próspero año nuevo —se despidió Cogollo.

—Igualmente, señores. Y que tengan ustedes éxito con sus crónicas.

—Hasta el año que viene... por lo menos —se despidió, socarrón, Manolo, como de costumbre.

Y aquellos dos enigmáticos personajes, que a don Faustino le recordaban a los Hernández y Fernández de los tebeos de Tintín, abandonaron el establecimiento.

—Brrrr... Qué frío hace, viejo.

—Y que lo digas. Se estaba a gusto con esos dos ahí. Gozan de buena sintonía.

—Manolo es una especie de alter ego de don Faustino. Menos metódico, más pragmático, pero igual de perspicaz.

—Ahora a ver si somos capaces de encontrar a Susana. Si está con el muchacho ese con el que se suele restregar, ya me disculparás pero me niego a estas horas a asistir al magreo.

—Sí, sería demasiado empalagoso. Pero vamos hacia el centro; me da que irá a Radio Mospintoles a felicitar el año nuevo. Con algo de suerte estará al llegar.

Susana entró en la emisora saludando a todo el mundo. Evaristo estaba en su caja-oficina, hecha con mamparas acristaladas y en la que siempre olía a tabaco. Aquel habitáculo carecía de ventanas y la única ventilación era la puerta.

Por la noche, con ella abierta, el olor a tabaco iba desapareciendo poco a poco, pero por mucha puerta abierta que hubiera, al no entrar aire fresco, el olor a cerrado nunca desaparecía. Y había veces que el olor a pedo era superior a todo lo demás. Evaristo se peía cuando estaba solo, y acostumbrado al tufillo de sus propias entrañas no se daba cuenta de que el hedor asaltaba traidoramente a quien entrara de improviso.

En conclusión, cuando alguien de la emisora tenía que llevarle algo, entreabría la puerta y dejaba que saliera el azufrado vaho de los pedos. Era habitual en la redacción ver a alguien en el quicio de la puerta del mini-departamento de Evaristo, hablando con él desde fuera, sin llegar a entrar.

Susana, que conocía esta peculiaridad, llamó a la puerta y la entreabrió para que aquel aire enrarecido saliera a un algo menos enrarecido aire de la redacción. Todo el edificio era antiguo y la humedad, algo inherente a estos inmuebles cuando llega el invierno, estaba presente por todas partes.

—¿Qué hay, Evaristo? ¿Trabajando también hoy en nochevieja?

—Ya sabes, la radio nunca para. No somos como vosotros los medios escritos, que habéis conseguido unas cuantas noches en las que no trabajáis. Seguro que El Heraldo ya está cerrado.

—Puedes apostar a que sí. Pero por eso la inmediatez que da la radio, el calor que emana... A veces hasta se pueden percibir los efluvios de quienes la producen —remató Susana, irónica con aquel hediondez característica...

Evaristo lo había vuelto a hacer.

—Déjate de tópicos. ¿Qué has venido a hacer? No tienes programa hasta el lunes. Y hace tiempo que no preparas aquí tu guion.

—He venido a desearte una feliz noche y un próspero año nuevo.

—¿Una feliz noche? ¿No es lo que se deseaba hace siete días?

—No soy muy creyente, la verdad.

—Ya, ni muy monárquica...

—Sí... hay más cosas que nos separan que puntos nos unen.

—¿Y por qué habríamos de estar unidos por algunos puntos?

A Susana aquella conversación ya le estaba sobrando. Además, respirando a medio pulmón, estaba empezando a ahogarse. Estaba todavía junto a la puerta de aquella sentina, por lo que la abrió de par en par.

—Al fin y al cabo somos colegas de profesión —expuso tímidamente.

—Bueno, digamos que coincidimos trabajando en el mismo sitio.

—Lo cual es suficiente para que pase a desearte que tengas una buena noche.

Evaristo se sintió molesto, pero no culpable por como estaba tratando a Susana. Estaba molesto porque no podía soltarle a la muchacha la rabia que sentía. Y decidió que se iba a despachar a gusto.

—¿Y a ti qué te importa cómo la voy a pasar? A mis años uno ya no espera más que puñaladas de los compañeros de profesión.

—Eres tú quien habla de compañeros. Yo he dicho colegas. Pero ya que me lo espetas de forma tan intempestiva, ¿debo pensar que me estás queriendo decir algo?

—Es que todavía no me he podido sacar el puñal que me clavaste con López. Será porque lo tengo bien clavado.

—A lo mejor es porque está en un lugar al que no llegas, y al que nunca hubieras llegado. López quería alguien con experiencia en los medios de comunicación escrita. Y si no recuerdo mal fuiste tú quien me recomendó.

—Estás mal informada. López llamó preguntando por ti. Se hizo el tonto, pero sabía bien quien eras y la experiencia que adujiste en tu currículum.

—La verdad es que no estoy ni mal ni bien informada. Sobre ese particular no sé nada en concreto. Pero me da que barruntas que fue como tú dices y sin embargo careces de pruebas de que fuera así.

—Mira, Susana. A mi edad y con el tiempo que llevo aquí, conozco a López mejor que tú. No necesito acostarme con él para saber de qué pie cojea cuando lo hace.

—Yo no me he acostado con López, Evaristo...

—Eres tú la que se da por aludida —cortó el viejo carcamal.

—Quizá sea esa la espinita que tienes clavada. Que no me he acostado contigo.

—Nunca siquiera te lo he insinuado, que yo recuerde...

—Pero sí alardeaste de llevarte a esta palomita al palomar cuando empecé a venir por aquí.

—No puedes hacer caso de lo que te cuenten. Un buen profesional contrasta su información al menos con tres fuentes.

—O es testigo de los hechos. ¿Te crees que esta pecera es estanca?

Evaristo palideció... ¡*Touché!*, pensó Susana, que no tenía ni idea de que Evaristo hubiera dicho nunca algo semejante. Pero conocía sus formas de expresión.

—A veces se dicen cosas entre hombres...

—Ese es uno de los males de esta profesión. No hay espacio para las mujeres a no ser que tengan una bonita cara y estén dispuestas a pasar por algunas piedras.

- Tú sabrás por qué piedras has tenido que pasar para llegar a ser ahora relaciones públicas del Rayo y dirigir su revista semanal.
- Y os complacéis en dificultar el acceso a la profesión a los que van llegando
- continuó Susana sin hacer caso de la impertinencia de Evaristo—. Ese miedo a que el nuevo haga algo mejor que vosotros sólo refleja vuestra inseguridad.
- Ya... es que sois todos muy licenciados... y los viejos no tenemos estudios universitarios. Sólo tenemos experiencia, pero eso no vale a no ser que tengas un titulito colgado de un cuadro.
- La experiencia que nos falta a los nuevos y que os negáis a compartir con nosotros.
- Los nuevos se niegan a compartir su “saber” con esta raza a extinguir... Nos miráis por encima del hombro cuando damos algún consejo. Como no entendéis de lo que os hablamos, nos ridiculizáis y os reís.
- Parece que de tu puñal en la espalda te has olvidado. Y te estás provocando una úlcera con tu resentimiento y con tu fumadera constante.
- Sólo me faltaba que no pudiera fumar en mi oficina.
- Creo que a partir de este próximo año ya no. Y lo sabes bien. Pero harás lo que te dé la gana, que para eso llevas aquí tantos años como la emisora.
- Supongo que le irás con el cuento a López y él tomará cartas en el asunto.
- Sólo te faltaba acusarme de delatora. La próxima vez que venga por aquí serás tú quien me clave ese puñal, pero literalmente.
- Por ganas no será.
- ¿Pero qué querías que yo hiciera? ¿Qué cuándo López me propuso lo que me propuso le dijera que yo no era la más indicada y que te llamara a ti? Si te hubiera querido a ti en ese puesto te lo habría dicho cuando que te llamó preguntando por mí.
- Cuando López te propuso lo que te propuso... ¡Vaya, hombre! Así que no puede mencionarse...
- No me propuso ser dircom del Rayo, Evaristo. Sólo me propuso llevar una revista semanal. Ni eso... su idea era sólo de un fanzine.
- ¡Qué cosas! Y en menos de tres meses te nombra... ¿qué...?
- Directora de comunicación... Dircom, abreviadamente.
- Claro... seguro que por eso no encajo yo ahí. Por no saber lo que es un diiiiiircom —se burló Evaristo alargando innecesariamente la vocal.
- Evaristo, puedes pensar lo que quieras. Entre otras cosas porque con todo lo que yo pueda decirte no voy a conseguir que cambies de opinión. Agur. Que tengas una buena salida y entrada de año.
- Lo mismo te deseo, palomita. Y si alguna vez puedo serte útil, no dudes en pasarte por aquí.

Susana pensó ser sarcástica con el viejo, pero dudó de si lo había dicho en serio o estaba siendo irónico.

—Gracias, Evaristo. Sé que atesoras un vasto conocimiento... y sin ti la emisora no sería lo mismo.

Susana dijo esto último con toda su buena voluntad, pero Evaristo optó por cogerle la matrícula cambiada y pensó que le había lanzado una indirecta. ¡Así que la palomita se proponía ser jefa de deportes y prescindir de él...! Pues tíasas se las tendrían... Se hizo un silencio algo incómodo durante el que se escuchó la voz que emitía la propia emisora, sintonizada como estaba en cualquier habitación del edificio.

» Hoy es nochevieja, amigos oyentes. Esta noche, mientras toman las uvas, formulen sus deseos más íntimos y traten de hacerlos realidad. Feliz 2011.

—¿Y no pedirías ganar algo de paz interior para el año nuevo, Evaristo?
—Le pediría quedarme como estoy, siendo como soy.
—Te has vuelto reticente y desconfiado. No puedes ser feliz así.
—La profesión me ha hecho así..., y las compañías traicioneras que no pedí tener a mi lado. Supongo que tú le pedirás al nuevo año triunfar más allá de Mospintoles —pareció que Evaristo quería situar a Susana fuera de su alcance.
—Esto tendrá que esperar. Aún es pronto. De momento me conformo con mantenerme donde estoy... No meter la pata... Y conseguir que no me veas como una rival. Nunca he dudado de tu profesionalidad. Pero llegan nuevos tiempos, y con ellos nuevas formas de hacer las cosas.
—Estáis acabando con los fundamentos de la profesión. Sois capaces de elevar a la categoría de noticia cualquier chisme o rumor que cacéis al pasar. Me gustaría que tuvierais más respeto con la audiencia.
—Quizá la audiencia esté pidiendo nuevos formatos para el siglo XXI y abandonar los clásicos. Hay que experimentar nuevas fórmulas de comunicar.
—Eso es lo que tú dices. Vas a llegar tarde allá donde vayas. Adiós Susana.
—Adiós Evaristo, y que tengas un feliz año nuevo.
—Lo mismo te digo —gruñó Evaristo mientras fingía que recomponía su mesa.

—¡Ufff! ¡Qué tensión se ha vivido ahí!, ¿eh, viejo?
—Se han mantenido las formas, que no es poco, pero tienes razón; la tensión podía rasgarse con una navaja.
—O con un puñal, ¿eh? Aquí vamos a tener más de un problema. Susana se ha buscado un mal cliente.
—Pero la chavala sido muy leal...
—Eso es cierto. Eso es cierto. Pero es que Evaristo, además de rencoroso, se las sabe todas. Mucho me temo que le va a buscar los tres pies al gato y no parará hasta complicarle la existencia a Susana.
—Supongo que tratará de indisponerla con López. Pero tendrá que ser muy inteligente para no despertar las sospechas del empresario. Porque como quede al descubierto lo mismo lo pone de patitas en la calle.
—No creo que puedan. La indemnización sería más que considerable.
—Lo que sí puede hacer es encomendarle tareas que Evaristo no tendría la paciencia de asumir. Hasta que acabe cometiendo algún error.
—Olvidas los sindicatos y la Asociación de la Prensa de Madrid. Hace tiempo que Evaristo no sale de Mospintoles, pero está muy bien relacionado. Le

conocen allí donde López ni sospecha. Atentar contra Evaristo podría suponer que se removieran algunos de los pilares que sustentan a López.

—¿Crees que López lo sabe?

—Sabe hasta donde llegan las amistades de Evaristo. Son amistades inveteradas, que ha ido adquiriendo con su largo bagaje profesional. Pero son amistades leales e influyentes que podrían mover otras voluntades. Recuerda que López no despierta muchas simpatías en algunos ámbitos.

—Ver veremos, que dijo un ciego.

—Hombre, evita ser socialmente incorrecto, que lo mismo se nos hecha encima alguna minoría y nos cierran la bitácora.

—Es sólo una forma de hablar. Ya no va a poder decir uno lo que le venga en gana, o como dijo la “menestra” verdulera: “Lo que me salga de los cojones”. Qué mujer tan vulgar... Qué poco femenina.

—Ya no podremos decir que trabajamos como un negro... o como un chino. Lo mismo cae sobre nosotros el antiguo ministerio de “igual da”, ahora crisalizado en dirección general.

—¿Y cómo llamamos entonces a los negros de la profesión? ¿Esos que todo escritor afamado tiene y que escriben para él?

—Habrá que encontrar un circunloquio eufemístico. Tiene razón Sebas; nos quieren implantar la neolengua pronosticada por Orwell en su incombustible “1984”.

—Aquello lo dijo don Faustino, pero Sebas es más listo de lo que parece. No tendría el éxito que tiene con su negocio si no lo fuera.

—Y siendo del Barça en Madrid.

—Mayor mérito, sí.

—Y no olvidemos que estuvo en la Universidad.

—¿Pero acabó sus estudios de empresariales?

—Eso es algo que tenemos que decidir. Pero lo dejaremos para el próximo año. Es tarde y hace frío. ¿Aparecerás por el cotillón de esa...? ¿Cómo dijo Sebas?

—Jet set paleta mospintoleña... No sé. Ya veré. Lo mismo me acerco a tomar una copita de cava. Seguro que en la mesa de López hay Dom Perignon.

—Eso es champán... ¿Qué le pides al nuevo año, Mirlitón?

—A mi edad...

—¿Ya estás como Evaristo?

—En cierto modo tiene razón en lo que ha dicho, aunque equivoca las formas...

—Pero no me has contestado... ¿Qué le pides, “a tu edad”, al 2011?

—En lo personal no perder lo que tengo, y en lo profesional... alguna mejora siempre será bienvenida. ¿Y tú?

—Espero que nuestra ciudad deje de padecer el caos que la domina y que nuestros dirigentes encuentren, si no la luz, sí la honestidad para hacerlo.

—Difícil lo fías. En los tiempos que corren, honestidad y política no casan.

—De ahí que sea un deseo de año nuevo. Espero que nuestros dirigentes dejen de trabajar para las audiencias y lo hagan para los contribuyentes.

—¿Audiencias? ¿Quieres decir electores?

—No..., audiencias. Nos tratan como meros datos estadísticos. Tiene razón López. Los partidos políticos se rigen como empresas, con sus campañas de

márquetin, sus sondeos de mercado... Y todo para colocarnos su producto, que es el candidato de turno. Luego olvidan al elector, verdadero cliente cautivo... Se adaptan a la nueva realidad que les toca vivir por cuatro años, con sus pactos, sus idas y venidas...

—...Sus camarillas en los pasillos del Congreso...

—...Y todo para acabar colocando amistades de confianza en puestos que contribuyan a su sustentación como empresas líderes.

—Sí... Mucho se habla de la crisis económica y financiera, pero no se habla de la crisis institucional que nos rodea. Existe corrupción política desde el pueblo más olvidado hasta los grandes municipios, en las taifas y más arriba. La información se manipula, la verdad se retuerce, la gente olvida... ¡Bendito Orwell! Ahora emergen los ineptos, los que han estado flotando en las fangosas aguas de la ambigüedad, de la indecisión y de la mediocridad, al calor del partido. Se están tomando decisiones importantes desde una visión personal e interesada. No existe conciencia de servicio público.

—Hay una reciente película inglesa... "In the Loop". En España han respetado el título original...

—Muy buena, sí señor. Yo estaba pensando en "La conjura de los necios".

—Sería una muy buena relectura, sí señor. Difícil lo va a tener don Faustino para mantener su integridad.

—Vaya frío que hace... Aquí nos despedimos. Feliz año nuevo, amigo.

—Feliz año nuevo, viejo. Y nos vemos mañana.